



La Estirpe de Tordón

por María Concepción Regueiro Digón

Capítulo V

Cualquier esquema de pensamiento frecuente puede ser destruido con la evidencia constante de la realidad. Mi inicial desobediencia a las prescripciones médicas respondió en principio al deseo patético de volverme a ver con pelo en los últimos instantes de mi existencia pero conforme pasaron los días quedó perfectamente demostrado que mis problemas no eran solventables con toda aquella medicación violenta con la que habían atravesado mi cuerpo. Por el contrario, antes de las cuarenta y ocho horas de mi última dosis notaba una mejoría general impropia de mi estado y antes de que se cumpliese una semana me sentía fuerte y con ánimos para cualquier empresa. Eso me animó a volver a mi apartamento, pese a las protestas y preocupaciones de mis tíos, ante las que me mantuve firme.

No podía olvidar mi plan y, sobre todo, la enfermedad agazapada, presta a tumbarme en cualquier momento pese a su tregua actual. Necesitaba por tanto la mayor libertad para mis investigaciones, un estado que ellos no me podían garantizar y, por otra parte, para qué engañarnos, me apetecía acostarme con algún hombre antes de verme sin fuerzas para ello, cosa imposible compartiendo casa con unos partidarios firmes de la castidad femenina prematrimonial.

Olvidándome de mis reticencias previas, un día me fui a visitar a Amalia. Los datos se empeñaban en señalarla como la única que podía darme alguna pista sobre mi padre biológico, al margen de otras valoraciones sobre su penoso estado mental. Como siempre, llegué al portal de su casa con la sensación de asco que me asaltaba nada más pisar su calle. Llamé en el timbre añorando un guante de látex con que proteger mi dedo pero la campanilla no sonó. Golpeé entonces la puerta con mis



nudillos, de nuevo echando de menos un medio profiláctico frente a toda la roña acumulada en sus vetas. El interior del piso me golpeó con un hedor a orines y a comida podrida cuando por fin mi madre me abrió. Blandía la botella de vino barato que en aquellos momentos se estaba acabando sin recato y todavía tardó unos segundos en reconocermé. Su empeoramiento desde la última visita me preocupó menos que los intentos de contener mis arcadas.

-Una visita de mi hija, qué bien -farfulló con una lengua que parecía a punto de disolverse por el alcohol. Me hizo un gesto para entrar y la negrura del pasillo de puertas cerradas me acogió. Con la misma prevención anterior presioné el interruptor, pero la bombilla del techo desobedeció la orden y seguimos envueltas en la oscuridad. Ella entreabrió una puerta y la cinta de luz me permitió distinguir su gesto beodo.

-¿No tienes luz?

-Esos cabrones de FENOSA me la cortaron la semana pasada. Imagínate, cortarle la luz a una pobre anciana. Son unos desalmados.

De nuevo la desgracia de la infeliz frente a los poderosos como explicación de sus sempiternas deudas. No era la primera vez que le pasaba algo semejante, sólo que en anteriores ocasiones Carlos y yo habíamos solucionado la papeleta. La rabia volvió a golpearme como siempre, más porque comprendía que mis opciones de arreglar ese tipo de cosas se estaban acabando y el sentido de la responsabilidad protestaba por dejar solo a Carlos con tales compromisos.

-Intentaré pasar por el banco para solucionártelo -mascullé. Ella me lanzó una sonrisa idiota e intentó acariciarme pero hice un ligero quiebro y su mano sólo tocó el aire.

-Qué guapa estás con ese gorro -dijo señalándome el casquete de lana de color tostado que cubría mi cráneo, la única parte de mi cuerpo resistente a mi mejoría general con su tenaz negativa a echar el nuevo cabello, algo que mis cejas habían cumplido con una rapidez sorprendente.



-Venga, vamos a un sitio con algo de luz -ordené antes de nuevos comentarios. Ella abrió la puerta de lo que en otras viviendas se consideraría la sala de estar pero que en su caso eran diversos montones de basura en equilibrios precarios. Un nuevo golpe de hedor intentó revivir mis arcadas pero ya había conseguido dominar mis sensaciones en beneficio de mi misión.

-¿Y hoy no trabajas? -preguntó extrañada. Deseché la idea inicial de unos cuantos rodeos en la conversación y le conté la historia de mi enfermedad pero por una especie de amor propio me callé el episodio de la clienta. Amalia se quedó con una expresión congelada.

-¿Y por qué no me avisaron? -preguntó con la lengua de nuevo a medio derretir- Te hubiera ido a ver y, si necesitabas sangre, yo...

No pude evitar una sonrisa de lado ante ese ofrecimiento. Hubiera resultado irónico que mi salvación estuviese en las venas de una mujer con un hígado de piedra pómez y todos sus años de descuido hacia mí no podían despertarme nada parecido al agradecimiento.

-No se trata de sangre. Mi enfermedad podría curarse con un trasplante de médula.

-Bueno, pues a lo mejor yo... Al fin y al cabo, soy tu madre.

-No sería compatible -dije, evitando los comentarios sobre su ineptitud en dicho cargo que me venían a la cabeza-. En realidad, mi única esperanza pasa por encontrar a mi padre biológico. Necesito que me hables de él. Nunca has sido muy clara con eso y reconozco que yo tampoco me he preocupado en todo este tiempo. No sé, nunca tuve deseos de conocer al desgraciado que no se había preocupado por saber de mí, pero es que ahora las cosas están como están y quizás él sea mi única salvación. Carlos dice que nunca le confesaste su nombre, que sólo le dijiste unas cosas sin sentido, pero yo ahora te suplico que hagas el esfuerzo y me des su nombre. Sabes que nunca te he pedido nada, así que me lo debes.



Amalia me miró de arriba abajo y empezó a temblar de una forma tan violenta que tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Sin embargo, yo no hice ningún intento por sujetarla. Ahora me doy cuenta de que ella estaba muerta de miedo por el detalle recién descubierto, pero en aquellos momentos yo no tenía esa capacidad de discernimiento salvo para aprovechar cualquier pista para alcanzar el objetivo con que había ido hasta allí.

-Tu pelo...

-No tengo pelo -dije quitándome con impaciencia el gorro y mostrándole la pelusilla transparente que cubría mi cabeza-. Por la quimio. Espero que en unos días crezca de nuevo. Por favor, mi padre...

-¿Tuviste algún problema con alguien?

-¿Cómo que si tuve algún problema?

-Sí, ¿marcaste a alguien? Contesta -ordenó elevando el tono de voz e intensificando sus temblores a un nivel próximo a la pura convulsión.

-Yo... yo tuve un episodio delirante por la fiebre y agredí a una mujer en mi trabajo -respondí, súbitamente acobardada-, le hice unas heridas leves, pero no me va a denunciar.

-Tin... es verdad. Él tenía razón -masculló con dificultad.

-Tin, ¿quién es Tin?

-Tin es tu padre. Él ya me avisó de todo esto, yo... -tartamudeó, con unas dificultades crecientes para respirar que yo ni advertí. Por el contrario, sólo pensaba en el posible filón de información que asomaba y en el que debía profundizar cuanto antes.

-¿Se llama Tin?, ¿qué es eso?, ¿un apellido?, ¿una abreviatura?, ¿de qué nombre?, ¿Agustín?, ¿Constantino? -disparé sin piedad como si quisiese ametrallar con mis preguntas a la inconsciente que se interponía en mi salvación. Amalia farfulló unas palabras incomprensibles antes de caer babeando entre sacudidas y golpearse la cabeza contra una mesita de café. Su sangre manando de la brecha me hizo resituarme en el momento y



lugar. Me temo que mi tono al pedir una ambulancia desde el móvil era más bien de fastidio.

El centro hospitalario que por zona le tocaba a Amalia era una auténtica pocilga, pero mi estupefacción por el incidente me impidió hacer las necesarias gestiones para trasladarla al de mi seguro privado y al que ella como mi progenitora tenía derecho a poco que se exigiese. Yo me movía entre el susto y el enojo. Maldecía su adicción y mi falta de reflejos por no haber visto su malestar creciente y evitarlo en alguna medida. Aunque una parte de mí gritaba que yo había cumplido y que bastaría con enviarla de vuelta a su casa en cualquier taxi, terminó imponiéndose la opción moral que me exigía estar con ella hasta una mejoría.

Un médico que bien podría ser mi hijo estirando un poco el comienzo de mi edad fértil me hizo señas para acercarme. A punto estuve de plantarme y obligarle a él a andar hasta mí, pero obedecí.

-¿Es usted quien vino con Amalia? -dijo como todo saludo.

-Sí, soy su hija.

-Bueno, pues la vamos a tener en observación en el box un rato, pero no parece grave. Por lo menos, no como la vez anterior...

-¿Qué vez anterior? -pregunté sobresaltada. Había olvidado que el ciclo de salud y enfermedades continuaba afectando a toda la humanidad y no sólo a mí.

-¿No se lo contó? Hará cosa de un mes la trajeron los vecinos con "delirium tremens". Según parece, había estado unos días encerrada en su casa y se había quedado sin alcohol. Juró entonces que se sometería a tratamiento y mil cosas más, pero ya se ve que no... A ver si usted logra convencerla.

-¿Qué ha pasado hoy? -interrumpí tras tragar saliva.

-Básicamente, lo que se llama "un ataque de nervios". Perdona la pregunta, ¿estaban discutiendo?



-Más o menos -reconocí-. Le estaba interrogando sobre mi padre y se ve que no soportó muy bien la presión.

-Pues ha debido ser eso. Le hemos administrado un sedante y ahora duerme. La herida de la cabeza no es grave, aunque hemos tenido que darle un par de puntos. Dígale que ha de estar muy limpia o se infectará - de nuevo me volvía a responsabilizar como cuidadora, pero preferí no protestarle-, y que tendrá que ir a su médico de Atención Primaria a hacer las curas. También es importante no mencionar el tema de su padre hasta que esté más mejorada, si tanta ansiedad le genera. Ahora, si quiere pasar a verla... -me invitó con una sonrisa varios milímetros más amplia que la meramente cortés. Pese al momento de tensión que estaba viviendo, no pude evitar un ramalazo de orgullo ante la intuición de que había ligado.

**Autor: Maria Concepción Regueiro Digón, Tui, Pontevedra.
Capítulo publicado en La Estirpe de Tordón, Libro Andrómeda nº.11
Hiperespacio Andrómeda www.libroandromeda.com**

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.